

leerse como una lucha por ver quién es lícito que acceda al conocimiento necesario para mediar entre los dioses y los hombres. La tradicional y vital importancia de la religión para la *élite* se ve claramente en el hecho de que la teología era una de las áreas de aprendizaje de origen griego que era cuidada con celo en Roma, quedando su práctica vedada a los griegos. Y aquí, en el epílogo, encontramos sintetizado el método con el cual deben ser abordados estudios de esta índole: "it is important to move away from formalism by placing Roman literature within its intellectual, social and political contexts. But in so doing we must beware of making these other contexts 'primary' and 'real', with literature 'secondary' and 'unreal'; for literature is itself, so to speak, another context, another set of discourses with distinctive capacities". Así, la literatura no debe ser estudiada como un objeto aislado de otros contextos con los cuales establece relaciones de interacción. Sin embargo, debe quedar en claro que la literatura es en sí una serie de discursos dentro de un contexto literario mayor, por lo que no es lícito formular en forma definitiva antítesis como 'primario/secundario', o bien 'real/irreal', puesto que ninguno de los contextos es ancilar con respecto a otro. Es esta una de las tantas ideas por las cuales este trabajo de Feeney merece ser tenido en cuenta, pues de su lectura surgen nuevas ideas para poder repensar sistemas complejos como los que en el libro se analizan.

GUSTAVO ALFREDO DAUJOTAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

AECS 22 (1998) pp. 190-196

Thomas HABINEK, *The Politics of Latin Literature, Writing, Identity, and Empire in Ancient Rome*, Princeton, Princeton University Press, 1998.

La propuesta metodológica de Thomas Habinek (TH), profesor de Clásicas en la Universidad de South California, se enfrenta explícitamente a la corriente representada hoy por A. Barchiesi y G. Biaggio Conte respecto de las relaciones entre literatura y política, particularmente en los estudios de literatura latina del período clásico. En el caso de Barchiesi, la búsqueda se orientaría, en palabras de TH, a estetizar la política, en cambio nuestro autor propone politizar la estética, en la medida en que las relaciones entre estas dos áreas demuestran que la literatura latina fue escrita por una élite aristocrática con la intención política de utilizar la estética para sus fines; la literatura es observada no sólo como representación de la sociedad sino como una intervención de sectores competentes en la sociedad. Con este planteo, no queda margen para la semiótica aplicada a los estudios clásicos, calificada como idealista por este autor, y se abre el territorio de la filología clásica basada en estudios de la historia de la economía, y de la teoría de la deconstrucción y la pragmática.

El material de trabajo está dividido en sendos escenarios para cada capítulo del libro, que permiten la lectura independiente de cada uno de ellos. En todos los casos, se trata de problemáticas particulares, estudiadas sobre la base de la filología, la historia económica y la posibilidad de leer los implícitos. Para las

sociedades contemporáneas, se plantean diferentes categorías de recursos tales como la posesión de propiedades, la actividad política, el estatus social, la autoridad, la erudición, el renombre y la condición artística; en cambio la sociedad romana antigua reconoce y aprovecha la posibilidad de 'inter-convertir' estos recursos, estas formas de poder, sin que pertenezcan tajantemente a diferentes categorías. Los estudios económicos aportan también el tema de autoridad y poder económico en las relaciones sociales: se iluminan así numerosos pasajes de la literatura latina, que es para los romanos, según TH, un medio de intercambio entre formas diferentes de capital: la literatura como un lugar para la lucha de la distribución del poder y como una práctica social con consecuencias históricas propias.

El primer capítulo, "La literatura latina y el problema de Roma", trata sobre la invención de las nociones modernas de historia y cultura clásicas que llevó a cabo el romanticismo alemán de fines del s. XVIII y principios del XIX. Para esta corriente historicista, los escritores romanos tienen valor no en sí mismos sino como transmisores de la realidad objetiva; la historia se trata como un estudio en sí mismo y la filología junto con los textos que estudia, sólo importa para el fin de la historia. El ejemplo de Basil Gildersleeve en los Estados Unidos de América sirve para mostrar la visión de Grecia como polo positivo y la de Roma como negativo, asociadas una y otra por TH a los valores positivo-negativo de la guerra civil en los Estados Unidos, donde Grecia se asimila al Sur que ama la libertad y Roma al Norte dominante. Grecia fue vista por el historicismo alemán como el modelo puro y Roma importante sólo en la medida de su función de transmisión y preservación de la cultura griega. Los mentores y discípulos de Gildersleeve en los Estados Unidos se vieron llamados a hacer griego al latín. Luego desfilan los latinistas americanos que siguieron las huellas de los eruditos europeos de posguerra (Curtius o Pöschl) quienes trataron de universalizar las implicaciones de los textos clásicos romanos como un modo de establecer la literatura como una fuerza que podía mejorar y trascender las animosidades nacionales y raciales. Se menciona a la New Criticism de los años 30 que reforzó la visión de la literatura como un hecho independiente de la sociedad y de la ideología; luego a Roger Fowler y su crítica a los New Critics, al resurgimiento de los estudios latinos en los años 1950-60 pero con una desarticulación ideológica, a Steele Commager quien insiste, en su estudio sobre Horacio, en la importancia de la técnica a expensas del significado. Esto lleva a TH a pensar que el estudio de la cultura romana y de la literatura latina en su relación con esa cultura se ha caracterizado como un largo proceso de auto-desmembramiento, donde los recortes del corpus se debieron a cuestiones ideológicas.

Considera TH útil comparar la situación de los estudios clásicos en el mundo germano-americano con la planteada en Polonia por Adam Mickiewicz (1798-1855) y en Francia por Jules Michelet autor de la *Histoire Romaine* (1831). Con esta comparación demuestra que, incluso dentro del marco intelectual y cultural del romanticismo, fueron posibles otras configuraciones de las relaciones entre Grecia y Roma y entre literatura y cultura, que permitieron el florecimiento de los estudios sobre Roma y el latín. Cierra el capítulo la expresión del deseo de TH de que se manifieste hacia el futuro un renovado compromiso

con Roma, su cultura y su literatura, sus tiranos y sus leyes, por parte de quienes estén de acuerdo en enfrentar el mundo tal como lo encuentran.

En el cap. 2, "¿Por qué se inventó la literatura latina?", se discute la afirmación divulgada que postula el comienzo de la literatura latina a fines del siglo III y principios del siglo II. Para TH la dependencia de Grecia que el helenocentrismo quiere transmitir no es tal, y debe considerarse que mucho antes del final de la segunda guerra púnica, los latinos habían tenido contacto con pueblos de habla griega. La tesis por demostrar afirma que a fines del siglo III y principios del II, la literatura latina adquirió la forma que tuvo, como respuesta a la transformación de Roma de ciudad-estado en poder aristocrático tradicional y por la crisis de identidad que provocó ese cambio en los gobernantes romanos. Esta perspectiva sociológica implica que la Roma arcaica tenía literatura escrita mucho antes de que se desarrollara lo que se da en llamar literatura: la propiedad, lo sagrado y lo legal. Del *vates* genérico o sacerdote profeta de los tiempos arcaicos (Livio habla de los *vaticini libri*, un intento de preservar la cultura del *vates*) al autor individual de textos individuales, hay un cambio de modelo de autoría asociado a los *poetae* y sus Musas. Se profesionalizan los *litterati* contra los que reaccionará Catón al diferenciar los *carmína convivalia* de los productos del *ars poetica*, para beneficio del autor. Salvo Nevio y Catón, los demás poetas de los primeros tiempos no eran romanos sino 'importados' y la aristocracia que defiende el desarrollo de la cultura de la Musa se asegura de que esa sea su única posesión. Varios subtemas se suman a la interpretación:

1) Política lingüística: TH trabaja sobre el concepto de política lingüística de la Roma arcaica destinada a preservar la cohesión social en el siglo III. Con la expansión posterior al triunfo sobre Cartago, el Senado romano recurrió a otras estrategias para mantener el dominio de toda la península itálica. Testimonio de esta actitud del Senado es también la política lingüística. Señala TH la abundante evidencia de la complejidad sociolingüística del siglo II: Plauto y la permeabilidad de los límites lingüístico y social entre las comunidades hablantes de latín y de griego; Livio Andronico y la tendencia a latinizar el griego encontrando palabras latinas equivalentes a las griegas para traducir la *Odisea*; Enio y la helenización del latín en su introducción de palabras, inflexiones y versificación griegas para su relato del origen y desarrollo del estado romano, con lo que distanció el lenguaje literario del habla cotidiana. El latín como lengua de élite nunca se extendió uniformemente a lo largo de toda la península itálica y no fue proyecto de las élites extenderlo. La artificialidad del latín literario (Terencio, esencia de la *Latinitas*) garantizaba su inaccesibilidad y su atemporalidad.

2) *Existimatio*: un aristócrata es alguien que reclama privilegios sobre la base de un pasado que lo autorizaría a ello. La literatura es un medio para preservar el pasado —o para inventarlo— y para asegurar su autoridad. Se analizan *existimo* y *existimatio/exemplum* porque ayudan a definir el papel de la literatura en esa doble vertiente. Las *mores maiorum* en *De agricultura* de Catón, el *exemplum* en Terencio, el intercambio entre Polibio y Escipión el joven para ayudarlo a hablar bien en el estrado público, el papel de la audiencia contemporánea para reforzar la tradición ("hunc oino ploirume consentient R[oman]i / duonoro optumo fulse viro", "la mayor parte de los romanos coincide en que este

hombre fue el mejor de los aristócratas', *CIL* 12.8-9), los elogia en los epitafios, y la certeza de que los lectores son la garantía de la permanente convalidación de la tradición, en interés de los miembros de la aristocracia. Del mismo modo, se analiza el intercambio de evaluaciones positivas entre Terencio y su auditorio (*Heaut.* 7-9), donde queda claro que el comediante y su auditorio constituyen una sociedad de mutua admiración; *exemplum* y *existimatio* –pertenecientes al mismo campo semántico– utilizados por Terencio, describen relaciones dentro de la comedia misma y entre la comedia y su auditorio.

3) La colonización de Grecia: bajo este subtítulo TH retoma la idea central del capítulo: la invención de la literatura latina está íntimamente ligada al crecimiento del poder romano y a la preservación de la identidad aristocrática romana; pero cabe preguntarse entonces por qué razón la tradición literaria latina que surge del período de formación de la historia literaria tiene una apariencia tan poderosamente griega. Se pregunta Habinek qué modelo hay que sostener en reemplazo del que afirma que se trató de una cultura primitiva frente a una superior: se propone entonces considerar las maneras en que los fenómenos identificados como griegos fueron incorporados a la cultura romana, visto el contraste entre lo griego de Plauto y lo griego de Enio, lo cual refuerza la idea de que lo griego no es el único punto que debe considerarse. Se analiza la incorporación de leyes suntuarias desde la época de la segunda guerra púnica hasta tiempos de Cicerón, por parte de la aristocracia que intentaba controlar la exhibición de riquezas (*Lex Oppia*, 215 a.C.; *lex Orchia*, 181 a.C., y otras). Estas leyes fueron descriptas persistentemente por las fuentes antiguas –de aristócratas y apolo-gistas– como intentos de resistir la declinación de las costumbres, la moral pública, pero es evidente para TH que se intentó con ellas reforzar el poder aristocrático. La literatura griega es para los romanos una forma simbólica de capital, especialmente efectiva en términos de control social, precisamente porque es ajena y el acceso a ella puede ser regulado. También se ve esta realidad en la retórica, entendida como el entrenamiento en la construcción y presentación de discursos públicos, un recurso utilizado por los romanos ambiciosos comparable a la tecnología que utilizan hoy todos los artistas, músicos y propagandistas. Los tratados filosóficos y retóricos de Cicerón se presentan como traducciones de obras griegas cuando de hecho constituyen improvisaciones originales e independientes sobre temas culturales romanos. Su conclusión apunta a que la fuerza de la tradición literaria latina se enriqueció con sus adquisiciones de la Grecia moribunda, postura que los filólogos románticos trataron de negar o de evadir.

Cap. 3, "Cicerón y los ladrones". TH se dedica en este capítulo a analizar las similitudes del bandolerismo o *latrocinium* con la organización jerárquica de las autoridades 'legítimas'. Define a los ladrones como criminales que operan en espacios reclamados por las autoridades políticas pero que no están bien integrados en la vida social, económica y cultural de la sociedad central. La significación del bandolerismo como desafío a la legitimidad del *status quo*, puede servir como punto de partida para el análisis de la defensa del *stablishment* por parte de Cicerón a través de su carrera, pero especialmente en la cuatro *Catili-narias* del año 63 a.C. En este contexto, un análisis del lenguaje del bandoleris-

mo empleado por Cicerón trae a luz la completa fuerza performativa de la oratoria ciceroniana. Cicerón como el *existimator*, el árbitro de las divisiones políticas, sociales y éticas, y el héroe de un mito de su propia creación. Al expulsar a Catilina y su ejército sólo a través del lenguaje, Cicerón concentra en un conjunto de hechos textuales, las aspiraciones y alcances atribuidos en este libro a la literatura latina en un sentido más general. El análisis filológico abarca *latro*, *coniuratio*, *tumultus*, *togatus*, *supplicatio* y otras palabras y conexiones. Los discursos de Cicerón aquí estudiados ofrecen un ejemplo particular de la intersección de los códigos del discurso político, religioso, militar y económico y un ejemplo de su capacidad para funcionar juntos para crear un mito que diferencie entre los que están dentro de la comunidad y los que están fuera.

Cap. 4: "Guerras culturales en el siglo I a.C.". Sobre la base de que los clasicistas fundados en la preferencia romántica de lo personal sobre lo ideológico, de la historia narrativa sobre los estudios culturales, hablan de *urbs* y *oppidum*, de *Latinus* e *Italus* o de Roma e Italia como si fueran términos intercambiables y no referentes altamente marcados en un discurso dinámico y complejo de identidad cultural y nacional, se propone TH desarrollar el problema de Italia visto por Horacio particularmente en el último libro de las *Odas* y en la *Epístola* a Augusto. Se ve en estos textos que Horacio pone en juego un modelo polivalente de autoridad cultural: TH traza las líneas de la sensibilidad de Horacio y su participación en el equilibrio cambiante del poder entre Roma y el resto de Italia a lo largo de su carrera poética. Estas representaciones reflejan la propia historia del compromiso sangriento y problemático de Augusto con el problema de Italia. Horacio insiste en la función social de la producción literaria y renueva la tendencia de Cicerón, Virgilio y otros a subsumir la identidad itálica bajo el liderazgo de Roma, pero relaciona la continua hegemonía de Roma con el soporte de élite de una tradición literaria dinámica y cambiante.

Cap. 5: "La escritura como exhibición social". El capítulo trata sobre las ramificaciones prácticas e ideológicas del acto de escribir y el valor de preservar en la palabra escrita lo actuado para trascender las fronteras temporales y geográficas. Pero además, el acto de escribir comporta el riesgo de la separación del autor de su obra y la disminución de la importancia de su presencia personal. Esto se ve en relación con el hecho de que el poder aristocrático se basa en la presencia de los aristócratas; y el estatus de los otros se define por el mayor o menor acceso a su presencia. Precisamente por esto, el capítulo apunta a dilucidar si la literatura latina, originada en la aristocracia, disminuye o no el poder de la propia aristocracia al eliminar la presencia del autor cuando la circulación se torna fuera de control de los círculos cerrados de patrono-cliente, gobernantes o facciones políticas, *collegia* aprobados por el estado. Se dedica TH a identificar las diferentes estrategias textuales, sociales o institucionales puestas en juego por los autores. Las estrategias comunes están marcadas por la ironía histórica: cuanto más exitosos eran los autores romanos para equilibrar la tensión entre representación y texto con ventaja de la actuación, mayor la oportunidad que creaban para el surgimiento de una élite alternativa. De este modo concluye, tras analizar las estrategias, la literatura escrita contribuyó poderosamente a la amalgama de la identidad romana y ayudó a reconstruir al lector potencialmente libre del texto

literario puesto ampliamente en circulación, como un sujeto de un régimen imperial.

Cap. 6 "El conocimiento inútil para las mujeres romanas". TH estudia en el capítulo 6 las diferentes razones por las que la escritura femenina ha sido tan escasa en la literatura romana: la no preservación en ediciones de lujo, la condición represiva y patriarcal de la sociedad romana, el acceso a la educación más alta negado a las mujeres. El problema del silencio de las mujeres romanas se puede entender en términos de las ideas de construcción de la subjetividad femenina (o de su carencia), la invención de la literatura como una institución coercitiva y los modelos de dominación aristocrática que caracterizan el mundo romano. El trabajo de TH consiste en analizar los empleos de *doctus* en su aplicación diferenciada a hombres y mujeres, *doctus* en Enio, Virgilio, Cicerón y sus connotaciones de sabiduría junto a capacidad de discernimiento y acción prudente. La sibila en *Eneida* 6 es docta. Pero donde se manifiesta el término *doctus* con mayor frecuencia es en los pasajes que se refieren a la producción y juicio de la poesía, donde se ve clara la referencia al dominio de la poesía alejandrina de *doctus* aplicado a poeta; se analizan las expresiones *doctissima* (Ov. *Tristia* 3.7.31), "sit non doctissima mulier" (Mart. 2.90.9), la "Sapphica puella Musa doctior" (Catul. 35.16) —la erudición femenina conduce a la pasión y a la inacción—, el manejo de Propertio de la *docta puella* que será jueza e inspiradora, útil sólo en la medida de las propias ambiciones del poeta (2.13), Plinio (Epist. 1.16) donde la joven esposa de Saturnino es en realidad la autora de los poemas que él edita como suyos, y el cambio de actitud de Ovidio quien exhorta a Perilla (*Tristia* 3.7) a imitar a Horacio y a él mismo —una voz femenina contemporánea, diferente de las voces femeninas de las *Heroidas*— escribiendo poemas que superen el silencio de la muerte.

Cap. 7, "Una aristocracia de la *virtus*". La aristocracia de la *virtus* puede reemplazar la antigua aristocracia de nacimiento, tal como sucede a través de todos los escritos de Séneca, Epístolas y tratados filosóficos. El punto de partida genérico para el proyecto filosófico de Séneca es el género de la exhortación moral, un género tradicional performativo de la clase alta romana. Séneca desarrolla el argumento técnico de la doctrina filosófica haciéndolo tan solo un componente de su proyecto de exhortación, más amplio y fundado en la cultura. Enumera y analiza los comienzos de los tratados de Séneca para mostrar cómo el filósofo concibe al lector común como distanciado y un mero observador de la actuación entre Séneca y sus amigos, la élite moral (*De Providentia*, *De brevitate vitae*, *De vita beata*, *De ira*). Potencialmente, la ira puede destruir el orden, disolver las fronteras. En el acto mismo de condenar la violencia de las clases dominantes romanas, Séneca reafirma el reclamo de ellas de un tratamiento privilegiado. También con respecto a la obligación social, el brindar consejo está expresado en términos del vocabulario financiero ("pro hac epistula dependendum", *Ep.* 6.7). Esto implicaría que, mientras ejerce su propia prerrogativa como hombre de estado retirado, líder cultural y *amicus maior* de Lucilio, Séneca debilita el código aristocrático de los *beneficia* mediante los cuales se le había asignado inicialmente la prerrogativa. Agrega luego un análisis desde la sexualidad: ésta ofrece una perspectiva final desde la que explorar el fracaso del texto

de Séneca para liberarse a sí mismo de sus orígenes social y cultural y las estrategias empleadas por Séneca para enmascarar la dependencia de su nueva vida con el maquillaje material y psicológico de la antigua. Mientras proclama los valores heredados de la conducta sexual masculina de la clase alta, Séneca pone en acción un modo de leer que requiere que el lector sea un cómplice de su propia violación. La conclusión, tras cotejar estos principios con la posición de Posidonio respecto del lugar del sabio en la Edad de Oro (aparentemente rebatida por Séneca en la *Ep.* 90), llega para afirmar que una aristocracia de la *virtus* completa la antigua aristocracia de nacimiento, aun cuando intente reemplazarla.

Cap. 8, "Pannonia domanda est": La construcción del sujeto imperial a través de la poesía del exilio de Ovidio. El poeta Ovidio fue un beneficiario del orden social jerárquico e imperialista de Roma. Poeta por elección, se movió en los círculos más elevados de las élites y su exilio del 8 d.C. significa para muchos una demostración de las tendencias tiránicas de los comienzos del principado. A través de las cuatro subdivisiones de este capítulo, tituladas: Despachos desde la zona de contacto, Describir y conquistar, Cuerpos extranjeros, La carga del hombre blanco, TH apunta a mostrar un Ovidio como figura simultánea de vergüenza y de gloria, que valoriza el gran poder del que se autoproclama una víctima. Postula TH una lectura de Ovidio basada en los principios de Edward W. Said (lectura de contrapunto en *Culture and Imperialism*, New York, 1993, p. 67) que observa la antítesis entre texto y contexto, o entre un texto y otro, y describe lo que se filtró dentro del texto y lo que el autor excluyó de él. En el caso de Ovidio, esta clase de lectura es desafiante porque implica cuestionar la simpatía natural por la víctima de la venganza de un emperador, cuestionar la inocencia de un simple poeta en el exilio buscando el consuelo de las Musas en su soledad. Para terminar asociará TH el tema del exilio de Ovidio y el imperialismo romano, con la universidad romántica —la universidad de Berlín fundada por W. von Humboldt poco después del viaje de su hermano Alexander para explorar América Latina— y el romanticismo que se vuelve la expresión de la necesidad burguesa europea de quitarse la responsabilidad de la conquista y acomodar la realidad de lo nuevo a los protocolos epistemológicos y sociales de lo viejo.

Desde el punto de vista formal, es un inconveniente para el lector que las notas no figuren a pie de página y que no se dedique un apartado especial a la bibliografía, que queda incorporada a las notas con la consecuente complicación si se intenta buscar la cita completa. De todos modos, hay un soporte bibliográfico abundante, de criterio amplio y a la vez especializado, y una presentación del estado de la cuestión en la sección introductoria a las notas de cada capítulo.

La lectura de TH de los textos clásicos es original. Cabe preguntarse a cada paso si su enfoque admite otros, puesto que nada volverá a ser lo mismo desde que se demuestra en cada caso la relación de la literatura con la política. Sea como fuere, es una lectura enriquecedora y mueve a la reflexión y al cuestionamiento. Vale la pena ingresar estos enfoques y sumarlos, puesto que están sólidamente basados en la filología más rigurosa.

MARÍA EUGENIA STEINBERG
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES